

La Misericordia en San Vicente de Paúl

El Señor Vicente
Apóstol de la Misericordia¹

Bernard Koch, C.M.

Situación

La devoción a la Misericordia divina no es una idea nueva, se encuentra en la línea directa de numerosas corrientes de la Revelación, en la Biblia, en la gran tradición de la historia de la iglesia, en los Padres de la Iglesia, los teólogos y autores espirituales. Este es apenas un preámbulo para situar el tema de la Misericordia divina. Misericordia es una de las palabras más frecuentes en la Sagrada Escritura. Esta es una de las principales características de Dios, “Dios de misericordia y de piedad” Sal. 86 (85) 15

Existen dos palabras en hebreo: *rahamim* que significa propiamente misericordia, y *hesed*, que anteriormente se traducía como misericordia pero que ahora se traduce como amor; por tanto resulta un poco ambiguo puesto que en realidad se trata de un sentimiento de tipo casi visceral que impulsa a amar, ayudar, socorrer desde el fondo del corazón. Lo que sobrepasa las palabras perdón y compasión. La Biblia emplea 25 veces la palabra entraña, víscera, y nosotros decimos aún que somos “tomados desde las entrañas”. La palabra caridad tenía también este sentido, pero se redujo solo al ámbito caritativo.

La misericordia va hasta el sacrificio si es necesario con el fin de salvar incluso a quien nos ha hecho el mal; esta fue la obra por excelencia de Nuestro Señor, como lo anunció el profeta Isaías (Is. 53,1) “*fue lastimado por nuestros pecados*”. Esto fue bien mostrado tanto por San Pablo como por el autor de la carta a los Hebreos y otros a lo largo de los siglos.

¹ Pedido por el 15º congreso de la Misericordia Divina 15-17 febrero del 2013. Dado el viernes 15 de febrero. Apostolado de la Misericordia Divina, Padres Palotinos 25, Rue Surcouf, 75007 Paris. “Cristo nos invita a la confianza y al acto de fe en él”. Benedicto XVI

La lengua alemana no cuenta con la palabra Caridad, pero sí tiene la palabra Misericordia.

Notemos primero que en el A.T y un poco en el N.T, en boca de Nuestro Señor, Dios **no siempre ejerce la misericordia... Dios tiene misericordia con quienes se arrepienten**, con quienes se la piden y la reciben, con quienes son misericordiosos. En Mt. 5,7, esa es quinta bienaventuranza.

Pero no puede imponer misericordia a los endurecidos; y esto llega incluso hasta la sentencia final que cierra el juicio en la segunda venida de Cristo: *“vayan malditos al fuego eterno”* Mt. 25,41; 45-46. No es que niegue la misericordia, sino que no puede concederla a aquellos que no desean recibirla; está ahí todo el problema de la omnipotencia divina y del libre arbitrio de los hombres.

Por otro lado, hay frases un poco fuertes, que han desconcertado a mucha gente a lo largo de los tiempos. Así, en el Horeb, en el episodio del becerro de oro en el momento en que Moisés pide perdón a Dios, Él responde: *“Has hallado gracia delante de Mí, te conozco por tu nombre”*; Moisés le pide mostrar su gloria, y Dios le responde: *“Yo te mostraré todo y haré misericordia a quien quiera y seré clemente con quien me plazca”* Ex 33,19.

Esta sentencia ha sido tomado por san Pablo en su carta a los Romanos 9,12-14. Pablo acaba de recordar las promesas que Dios hizo a Abraham, luego de la elección de Jacob en lugar de Esaú, citando al profeta Malaquías (Mq. 1, 2,3): *“He amado a Jacob y odiado a Esaú”* y continúa: *“¿qué diremos? ¿Hay injusticia en Dios? ¡No! El Señor afirma: Haré misericordia a quien determino hacer misericordia, tendré compasión con aquel de quien me compadezca”*; *no se trata de querer ni de huir sino de hacer misericordia”* Rm. 9,15-16.

Digamos que Dios no niega la misericordia a quien la espera o a quien la pide, pero que tampoco está obligado. Es Él quien decide; simplemente llama a cada uno a ocupar un puesto y a jugar su propio rol, y que allí podrá recibir su gracia y su misericordia. **Nosotros podemos confiar en Dios, Padre de misericordia, sabiendo que no tenemos ningún poder sobre Él.**

El término **“misericordia”** contiene dos palabras: **“miserable”** y **“corazón”**, corazón abierto al miserable, a aquel que sufre en el cuerpo o en el alma dolor o pena, o que desvía su comportamiento y pide perdón. Más aun, la misericordia, en especial la de Dios, se ejerce principalmente sobre los que no merecen el amor.

Existe una palabra más apropiada: “**compasión**”. La cual significa: “**sufrir con**”. Esta palabra esta siempre ligada a otra aún más significativa: “**entrañas**”.

Un bello ejemplo de esto se nos da en la parábola del **hijo pródigo**, Lc. 15, 20; 31: el padre ama al hijo mayor pero por el menor arrepentido se llena de misericordia. En el texto original griego dice que “tomado por las entrañas”; el texto latino dice que “impulsado por la misericordia”; la Biblia de Jerusalén, “movido por la compasión”; y la TOB (traducción ecuménica de la Biblia francesa)² “lleno de piedad” para indicar que la palabra amor no es suficiente para expresar el sentimiento.

La **misericordia es lo propio de Dios**, como el amor y la caridad; la misericordia fundamental fue ejercida por el Hijo de Dios, encarnado en Jesús, hasta la cruz. En realidad, solo Dios puede hacer misericordia; quienes practican las obras de misericordia, y quienes ruegan a Dios que tenga misericordia de los pobres y de los pecadores, son simplemente instrumentos de la misericordia de Dios. Pero eso sí, lo son realmente.

Por eso concluyamos diciendo simplemente que **Dios puede hacerlo todo, pero no lo hace sin nosotros**.

Muchos santos ponen de relieve este aspecto visceral de la misericordia de Dios. Así san Bernardo de Claraval, 1090/1091-1153, quien meditó mucho sobre las llagas de Jesús como garantías de su misericordia. Él lo muestra en el Sermón 61 sobre el Cantar de los Cantares: que las llagas de Jesús son garantía de su misericordia³.

“El secreto de su corazón se ve a través de las heridas de su cuerpo. Se ven los grandes misterios de su infinita bondad, las entrañas de la misericordia de nuestro Dios por las cuales el sol naciente viene a visitarnos desde el cielo. ¿Cómo podrían no verse las entrañas de misericordia a través de sus heridas?”

En la Cruz se cumple la Misericordia del Padre, a través del cuerpo y la sangre de su Hijo, quien dijo en la última cena: “Este es mi Cuerpo, entregado por vosotros”, “Este es el cáliz de mi Sangre que será derra-

² Este paréntesis fui introducido por el traductor con el fin de aclarar la sigla.

³ Se encuentran muchas ediciones además de la de Migne Latin quien retoma la edición de los benedictinos, por Dom Jean Mabillon que tiene numerosas ediciones tanto en latín como en francés y que se encuentra en los siguientes sitios: http://www.binetti.ru/bernardus/p1182_index.shtml y en francés: <http://www.abbaye-saint-benoit.ch/saints/bernard/index.htm>

mada por vosotros”. En la Misa es verdaderamente donde Jesús actualiza su gran obra de misericordia así como en cada uno de los otros sacramentos.

Santa Catalina de Siena, 1347-1380, trae en sus Diálogos, dos tratados sobre la Misericordia, en los capítulos 14 y 85, todo un tratado sobre la misericordia para el pueblo de Dios, para el cuerpo místico de la Iglesia y para el mundo. Los capítulos del 26 al 87, pedir al Padre la Misericordia para la Iglesia y la Misericordia para el Mundo.

En nuestro tiempo Santa Faustina Kowalska, 1905-1938 quien vivió como ofrenda a la Misericordia de Dios para la conversión de los pecadores⁴.

Vayamos a la práctica: desde los inicios de la Iglesia, desde los Hechos de los Apóstoles y las epístolas, se tenían obras de misericordia para con los pobres, los enfermos, las viudas, los huérfanos y los niños abandonados.

Es el momento de llegar a San Vicente de Paúl

A menudo Él recurre a menudo a la misericordia de Dios, para confiarse a ella él mismo o confiarle a alguno de sus corresponsales, o simplemente con el fin de admirar las gracias que se reciben de la Misericordia divina.

Escribe muy seguido “por la misericordia divina”, “por misericordia de Dios”; todo el bien que se hace, y todas las conversiones, y el progreso de la vida cristiana, son gracias “por la divina misericordia” Lo mismo sucede con sus corresponsales o con otras personas de su época. San Vicente también descubre en Jesús crucificado, hasta en los más pequeños detalles de su sufrimiento, la prueba de la misericordia del Padre, y recomienda meditarlos.

Sin duda es útil, para quienes no conocen a San Vicente, presentar algunos episodios de su vida. Nació en la Gasconia, cerca de Dax, en 1581. Esta región trataba difícilmente de superar las secuelas de las guerras de religión. Vicente nació en una familia que era a la vez de campesinos cultivadores, por el lado de su padre, y de gente notable por el de su madre, pero muy cristiana de ambos lados; él nunca pensó hacerse sacerdote; su familia le insinuó esa posibilidad simplemente por la oportunidad que tendría de recibir algún beneficio económico

⁴ Ver diversos sitios, como http://fr.wikipedia.org/wiki/Faustine_Kowalska y http://www.misericordedivine.org/catechese/c_lheure.html

por parte de la Iglesia, para lo cual solo necesitaba recibir la tonsura. Fue uno de sus benefactores quien lo movió a comenzar estudios eclesiásticos, cuyo objetivo seguía siendo el de conseguir algún dinero para apoyar a sus padres y a sus cinco hermanos.

Fue ordenado a los 19 años, en 1600. Y sus biógrafos lo muestran puesto a la búsqueda de recursos en cualquier parte.

Lo encontramos, hacia el otoño de 1607, en Roma, donde le encomiendan, en octubre de 1608, una misión al lado de Enrique IV. Y es así como en octubre de 1608 Vicente se encuentra en París. De esta ciudad nunca más se separará, le servirá como su centro de operaciones; sus relaciones le conducen, hacia el final de 1613, a ser capellán del general de las Galeras, y luego capellán general de las Galeras de Francia, aunque conservando su vivienda en París. Se dedica al ministerio en las parroquias de los dominios de los grandes señores, de una manera organizada a partir del 25 de enero de 1617, y desde el mes de agosto de ese mismo año va añadiendo el establecimiento de sucesivas fundaciones de Cofradías de la Caridad.

Su vida continúa hasta el final llena de obras de misericordia, al servicio espiritual y corporal de los pobres de todo tipo, incluidos los condenados a las galeras; y con las Hijas de la Caridad a partir de 1633. Desde 1638 se hace cargo de los niños abandonados, al mismo tiempo que trabaja en la formación de los futuros sacerdotes y, se preocupa por el sostenimiento intelectual y espiritual del clero. A partir de 1635 las guerras en Loraine y en Picardía lo inducen, durante 25 años, a socorrer a los pobres.

Obsesionado por la suerte de los esclavos en manos de musulmanes en África del Norte, envió misioneros en 1645 a Túnez y a Argelia.

Donde quiera hubiese pobres, tanto espirituales como materiales, a quienes hubiera necesidad de socorrer o convertir, la fórmula era: “Servicio espiritual y corporal, con palabras y obras”.

Veamos primero lo concerniente al ejercicio de la misericordia por parte de Dios hacia nosotros, y luego de nosotros hacia los demás y de los demás hacia nosotros; lo cual nos mueve a pedir la misericordia de Dios para con los pecadores, nosotros incluidos.

I. La misericordia de Dios para con nosotros

Dios nos muestra su misericordia sosteniéndonos en nuestros esfuerzos y en los momentos difíciles; tenemos que reconocer que nues-

tros progresos vienen de Él y no de nuestras propias fuerzas. Lo hemos visto, Vicente de Paul repite: “por la misericordia de Dios”⁵.

El 9 de octubre de 1640 escribe en el mismo sentido a Esteban Blatiron⁶:

“La perfección consiste en la perseverancia invariable en la adquisición de las virtudes y en el empeño por avanzar en la vía de Dios, [...] pero el medio para esto, señor, es el continuo reconocimiento de las misericordias y de las bondades de Dios para con nosotros, con el continuo y frecuente temor de llegar a hacerse indigno de ellas, o de fracasar en la ejecución de sus pequeñas acciones”

La misericordia de Dios se ejerce primero sobre nuestros pecados.

Vicente siempre se reconoció como pecador; lejos de creerse perfecto, pedía a sus Cohermanos que imploraran la misericordia de Dios para él. Proponemos algunos pasajes escritos el 3 de febrero de 1641 a Luis Lebreton, en Roma⁷:

“La Compañía crece en número y en virtud, por misericordia de Dios, según lo que cada uno refiere y lo que me ha parecido en las visitas”.

“Sólo yo, miserable, sigo cargado con nuevas iniquidades y abominaciones. ¡Oh, Señor, cuán misericordioso es el Señor para soportarme con paciencia y longanimidad, y cuán ruin y miserable soy yo al abusar de su misericordia!”.

San Juan ya nos había mostrado la grandeza de la misericordia de Dios en su primera carta, Jn. 3,20: “si nuestro corazón nos acusa, Dios es más grande que nuestro corazón”. San Vicente le hace eco al menos dos veces.

Primero, aludiendo a sus distracciones en la oración a causa de las muchas preocupaciones, así le dice a Luisa de Marillac en septiembre de 1642⁸:

“Toda esta mañana me he sentido perturbado por mis asuntos, no he podido hacer sino un poco de oración y con muchas distracciones. Sin embargo esto no me desmotiva, puesto que he puesto mi confianza en Dios y no en mi preparación ni en ninguna de mis habilidades; eso mismo le deseo de todo corazón, puesto que el trono de la bondad y

⁵ SVP, I, 284.

⁶ SVP, II, 129.

⁷ SVP, II, 154.

⁸ SVP, XI, 143-144.

de la misericordia de Dios está fundado sobre nuestras miserias; confiémonos a su bondad y jamás seremos confundidos, así nos lo asegura su Palabra”

Tres años después, escribe lo mismo en el borrador de un escrito que piensa proponerle como oración a un hermano moribundo que seguramente estará pensando en sus pecados⁹:

« Es cierto que uno de los mayores honores y la mayor gloria que usted puede tributarle en este momento, consiste en esperar contra toda esperanza en su bondad y en sus méritos infinitos, por encima de las infidelidades e indignidades del pasado; porque el trono de su misericordia es el tamaño de las faltas que ha de perdonarnos »

Esto no es nuevo; San Jerónimo ya, hacia el 400, en su *Comentario sobre Joel*, sobre « *Vuelvan a mí de todo corazón* », en el breviario, viernes 21^o, escribe lo siguiente:

“Vuelvan al Señor su Dios; si los muchos pecados pasados los han hecho como extranjeros, no desesperen del perdón, puesto que una gran misericordia perdonará grandes pecados”.

En contra o a favor del pecado pueden darse, de un lado las exageración en el esfuerzo por hacer penitencia; de otro, las limitaciones de nuestro espíritu: olvidos, la incapacidad para comprender las situaciones, o para hallar la solución a los problemas, así como las limitaciones de nuestro cuerpo: enfermedad, fatiga, vejez.

El 4 de agosto de 1655, ya con treinta años de experiencia en la Pequeña Compañía, como él la llama, tiene toda una conferencia sobre este tema: **excesos que hay que evitar en el amor de Dios**¹⁰:

“Hay que infundir moderación a los que son demasiado fervorosos, no sea que caigan en excesos; como también hay que despertar y excitar a quienes no se esfuerzan en absoluto, a esos que no hacen nada, so pretexto de no incomodarse”.

“Debemos proveer a las necesidades de nuestra naturaleza, ya que Dios nos ha dotado de la misma; hemos de acomodarnos a su fragilidad. Así lo quiere Dios, es tan bueno y tan justo que no nos pide más. Conoce muy bien nuestra miseria y nos tiene compasión; su misericordia suple nuestras deficiencias. Tenemos que encontrarnos simplemente con Él, confiarnos en sus manos, seguros de que su bondad y misericordia cubrirán nuestras faltas”. Y en la oración final:

⁹ SVP, II, 290.

¹⁰ SVP, XI, 220-222.s

[222]: “Oh Salvador, tu sabes lo que mi corazón quiere decir; hoy se dirige a Ti, fuente de misericordia; Tú conoces sus deseos; ellos no aspiran más que a Ti, ellos solo te desean a Ti”.

Conservemos esta bella alabanza para Dios, fuente de misericordia.

Que uno sea muy pecador o no, el amor de Dios y la salvación que nos ofrece preceden nuestros méritos, es Dios quien toma la iniciativa; esto está muy claro a lo largo de la Biblia, especialmente en los profetas: Isaías 44, 2, 25; 49,1, 5; Jeremías 1, 5.

Muchas veces le escribe a Santa Luisa sobre esto, especialmente para animarla en los momentos en que ella duda de estar en el camino correcto. Hacia 1630, escribe¹¹:

“Confíe en Dios, se lo suplico, y obtendrá eso que su corazón le pide. Se lo digo de nuevo: elimine esos pensamientos de desconfianza que usted se permite. ¿Por qué su alma no estaría confiada sabiendo que ella es la hija querida de nuestro Señor, sólo por su misericordia?” Y hacia 1632: “*Tenga plena confianza en que usted es la hija predilecta de Nuestro Señor, por su misericordia*”¹².

“Hijos de Dios por misericordia”: esta es la fuente del inmenso abandono de nosotros mismos, enteramente, a la misericordia de Dios.

II. Nuestra misericordia hacia los demás

Las obras de misericordia son la gran obra del Señor Vicente y de sus discípulos. Ellas reposan esencialmente sobre tres virtudes: caridad, misericordia y justicia, la una no va sin la otra.

Dios que es misericordia creó al hombre a su imagen y semejanza; eso significa que nosotros debemos, a su imagen, ser “hombres de misericordia”, tal como el Eclesiástico o Sirácides 44, 10 presentan a los padres antiguos, desde Henoc hasta los profetas. Tanto los Setenta como La Vulgata afirman: “**he ahí los hombres de misericordia**”. San Pablo exhorta en la carta a los Colosenses 3, 12 “**revístanse de entrañas de misericordia**”; la Biblia de Jerusalén y la de Osty debilitaron la fuerza de los términos, hablando de “sentimientos de compasión”. ¿Por qué tenerle miedo de palabra “entrañas”? Es cierto que puede sonar algo mal a los hombres de hoy como un tema pasa de moda, y entonces se buscan palabras menos fuertes... Nuestra época que exhibe el

¹¹ SVP, I, 90.

¹² SVP, I, 145.

cuerpo desde todos los ángulos, se ha vuelto timorata en el vocabulario litúrgico y bíblico, aun sabiendo que la palabra entrañas recorre toda la Biblia; el vocablo misericordia es más interesante y evocador que amor, compasión o piedad.

Para volver a la práctica de la misericordia, de la que hacen parte la oración y la ofrenda, oigamos al Señor Vicente, en una de sus charlas con los Cohermanos, el 2 de noviembre de 1656; las enumeraciones son una verdadera letanía; es bello leerla, las repeticiones nos las inculcan¹³:

“Esas buenas Hijas [de la Caridad] practican la misericordia, que es esta bella virtud de la cual se dice que lo propio de Dios es la misericordia. También nosotros la practicamos y lo debemos hacer toda nuestra vida: misericordia corporal, misericordia espiritual, misericordia en el campo, en las misiones, cuando socorremos a los demás, misericordia cuando estemos en nuestras casas, con los adultos mayores, con los pobres, cuando enseñamos sobre lo necesario para la salvación, y en todas las ocasiones que el Señor nos presente”.

Él es consciente de que nosotros no somos los autores de las acciones buenas, porque como dice el Evangelio de San Juan, “sin mí no pueden hacer nada” (15,5.). Por tanto sólo somos los instrumentos de Dios; pero es ésta justamente nuestra dignidad, el hecho de ser llamados por Dios para ser sus instrumentos.

Evidentemente Dios muestra su misericordia a través de intermediarios, por la acción y la oración de los cristianos, aunque también puede hacerlo a través de las acciones más o menos conscientes de los no cristianos; de ello son los beneficiarios quienes toman consciencia. Es así como el primer escrito que nos queda de Vicente, su primera carta, en la que él refiere cómo pudo evadirse de Túnez, donde era esclavo, con la ayuda del renegado, su patrón, nos enseña a través de quién Dios le mostró su misericordia¹⁴:

“Un renegado de Niza en Savoie me compró y me condujo a su Temat, - así se llama el bien que se puede tener como mensajero del Gran Señor, puesto que el pueblo no tiene nada, todo le pertenece al gran Sultán... Una de las tres mujeres que tenía [...] turca y musulmana naturalmente, sirvió como instrumento de la inmensa misericordia de Dios al sacar a su esposo de la apostasía, volverlo al seno de la Iglesia, y así liberarme de mi esclavitud”.

¹³ SVP, I, 9.

¹⁴ SVP, I, 9.

¿Captamos la fuerza de este texto? ¡Una musulmana misericordiosa es instrumento de la misericordia de Dios!

¿Misericordia o justicia?

Vicente de Paúl, sobrino de un juez, procurador del rey en el Tribunal de instancia de Dax, tenía a la vez un gran sentido de la justicia y un gran sentido de los pobres. Para él la misericordia para con los pobres y enfermos no es simple voluntariado, es un deber, no solamente de caridad, sino de justicia; así le escribe a Fermín Get, Superior en Marsella y al servicio de los galeotes, el 8 de marzo de 1658¹⁵:

“Doy gracias al Señor por la caridad que la ciudad de Marsella practica en beneficio de los pobres y necesitados, y por la asistencia que usted les ha prestado a los convictos de una manera oportuna en momentos de frío y de indigencia. Dios le recompensará, señor, por esas obras en favor de los miserables; esté seguro de que al hacerlo usted hace justicia no misericordia. Estos son los hermanos a quienes Dios nos pide ayudar”.

¿Cómo conciliar misericordia y justicia? En 1638, Luisa de Marillac estaba afrontando el caso de una hermana dura e intratable, dudando si le permitía continuar, lo que significaba tener misericordia, o despedirla, que sería un acto de justicia; Vicente le escribe¹⁶.

“Juana, Hija de la Caridad de esta parroquia de san Lorenzo, ha cometido muchas faltas por las cuales el señor Cura, los oficiales y el señor de Vincy han juzgado que es necesario cambiarla. Le ruego, señorita, que nos envíe alguna otra que tenga espíritu más dulce y comprensivo. [...] Creo, sin embargo, que es bueno mantenerla para el servicio en el Hotel-Dieu o en otro lugar, afín de que la justicia esté acompañada de la misericordia”.

La misericordia no va sin justicia y la justicia no va sin misericordia; de otro modo, no serían verdaderas ni la una ni la otra.

Las obras de misericordia son de dos clases, según el fin de las diversas Cofradías o asociaciones: socorros materiales o socorros espirituales.

1. Al socorro corporal

Estas obras de misericordia encuentran muchos obstáculos, en particular en las regiones más pobres o atormentadas por el mal tiempo

¹⁵ SVP, VII, 98.

¹⁶ SVP, I, 458.

o por las epidemias, por ejemplo en los periodos de guerras o revoluciones, cuando faltan los subsidios, cosa que fue frecuente para Vicente y en su época.

Bernardo de Codoing, Superior de los Padres de la Misión en Annecy, pedía a Vicente de Paul donaciones de intenciones de Misas para solventar las necesidades de la población más pobre de las montañas aledañas a Annecy.

El 26 de julio de 1640 Vicente le escribe: *“No veo la posibilidad, la miseria de este tiempo ha disminuido tanto las limosnas como las intenciones de misas, también en París”*¹⁷.

Ayudar es una buena cosa, pero prestemos atención a la manera de hacerlo. Sería necesario leer toda su conferencia del 6 de agosto de 1656 a los misioneros sobre el espíritu de misericordia. Vicente de Paul, tiene una fórmula que anticipa lo que el siglo XX llamaría la empatía¹⁸:

“Cuando vayamos a ver a los pobres, hemos de entrar en sus sentimientos para sufrir con ellos y ponernos en las disposiciones del apóstol Pablo cuando dice: “me hice todo a todos” (1Cor. 9,22). De suerte que no recaiga sobre nosotros la queja que alguna vez hizo Nuestro Señor a través de un profeta anunciando la Pasión: “Esperé a ver si alguien se compadecía de mis sufrimientos pero no llegó nadie” (Sal. 68 [69], 21)”

Para ello es preciso que sepamos enternecer nuestros corazones... y pedir a Dios que nos dé el verdadero espíritu de misericordia, que es el espíritu propio de Dios: pues, como dice la iglesia, es propio de Dios conceder su misericordia y dar este espíritu” (letanías de los santos).

“Así pues, tengamos misericordia, hermanos míos, y ejercitemos con todos nuestra compasión, de forma que nunca encontremos a un pobre sin socorrerlo si podemos hacerlo, ni a un hombre ignorante sin enseñarle en pocas palabras las cosas que necesita creer y hacer para su salvación”. Esto nos conduce al socorro espiritual.

2. Lo concerniente al socorro espiritual

Asistir a los pobres, a los enfermos, a los moribundos, es también pensar en su salvación eterna, presentarlos al Padre Celestial, tal como le escribe el 20 de noviembre de 1644 al Superior de Montmirail, Guillaume Delville, ya que entre los nobles también había enfermos¹⁹:

¹⁷ SVP, II, 78-79.

¹⁸ SVP, XI, 233-234.

¹⁹ SVP, II, 493-494.

“Bendito sea Dios, que la nobleza lo reclame también en la enfermedad. Es una buena obra y el medio más eficaz para cooperar en la obra de su salvación. Si se curan es necesario hacerles tomar la resolución de servir mejor a Dios y empezar una nueva manera de vivir; pero si mueren, ustedes los pondrán en las manos de la misericordia divina. Deseo que esto lo hagamos por los pobres todo el tiempo que se pueda”.

Retengamos esa bella expresión “ponerlos en las manos de la misericordia divina”.

El gran objetivo del señor Vicente fue a la vez **instruir a los fieles y al clero**, sobre todo en los campos donde la gente estaba abandonada por los curas que preferían puestos en las ciudades y hacer **una ferviente oración** por la salvación del mundo; por todos, por la conversión de los pecadores y el regreso de los herejes a la Iglesia.

La enseñanza tenía varios destinatarios: los cristianos instruidos que se hallan en el buen camino, los pecadores, los ignorantes, en fin quienes habían sido educados en el error y en las herejías. Recordemos que herejía viene del griego “hairesis” que significa elegir; rara vez un hereje está plenamente en el error; con frecuencia lo que él cree ha sido enseñado también por la Iglesia; pero rechaza una parte de lo que la Iglesia enseña y que de hecho se encuentra en la Escritura sagrada.

En relación con los grandes pecadores llamados a comparecer ante el tribunal, le escribió a Pedro Cabel, Superior en Sedan, el 28 de diciembre de 1658, que es conveniente pedir a los jueces la indulgencia para algún criminal, pues es el mismo acto que se convierte en intercesión por los culpables y acto de misericordia.

“Es propio de los sacerdotes practicar misericordia para con los criminales, sin rehusar la asistencia a quienes la necesiten y la pidan; así que usted no debe negar la asistencia a quienes pidan su intercesión, sobre todo cuando hay más dolor y sufrimiento que malicia en su crimen... Usted puede hacerlo cuando vea que el caso lo amerita, y pueden influir en el espíritu de los jueces diciéndoles que no es su deseo proteger el crimen, pero sí ejercer misericordia pidiéndola para los culpables y requiriéndola para los inocentes, según la obligación de su estado”.

La oración por los pecadores ha de ser por todos, incluido los suicidas, como le escribe a Edme Jolly, Superior en Roma, en una respuesta el 4 de abril 1659²⁰:

²⁰ SVP, VII, 481.

“Dios tenga misericordia de los difuntos de los que usted habla, en particular de ese miserable que se quitó la vida, si tuvo algún momento para recapacitar”.

En cuanto a la relación con los heréticos, discípulos de Juan Calvino, así le dice a Juan Martín, Superior de Turín el 23 de mayo de 1659, recordándole por un lado que debemos esperar la ocasión y por otro esperar la salida sabiendo que no depende de nosotros²¹:

“La conversión de los heréticos lo mismo que de los pecadores es un efecto de la pura misericordia de Dios y de su poder”

También es posible hacer obras de misericordia a través de la oración, cuando uno está enfermo, o en claustro, orar no sólo por la conversión de los pecadores, sino por la santificación de todos, como escribió a Esteban Blatiron, Superior en Genes, el 25 de septiembre de 1648²²:

“Me tranquiliza la manera como Monseñor resolvió incluir en los seminarios la necesidad de hacer ejercicios espirituales. Pido al Señor que los santifique por su santa misericordia”.

La oración no actúa por ella misma, pues no es más que un llamado a la misericordia de Dios; no somos nosotros quienes actuamos, es Dios, pero de todas formas Él espera nuestra oración-. Así lo recuerda Vicente de Paul al Superior de la misión de Genes, Esteban Blatiron el 14 de febrero de 1648²³:

“Las gracias que Dios derrama sobre su trabajo son el efecto de la pura misericordia y no de nuestra pobre oración”

En fin, para que nuestra oración sea verdadera, penetre en nuestra vida, es necesario seguir a Jesús hasta el final. Así lo ha pedido Él mismo, Él que nos trajo la salvación al expiar nuestros pecados en la cruz: es ofreciéndonos nosotros mismos en las cruces que la vida nos depara. Hasta ahí debemos seguirlo, como Él mismo lo ha dicho: “si alguno me quiere seguir, (del griego acompañarme) que tome su cruz y que me siga”²⁴.

Podemos concluir con las palabras de Vicente de Paul a las Hijas de la Caridad, ocho meses después de su fundación, sobre su reglamento, el 31 de julio de 1634²⁵:

²¹ SVP, VII, 567-568.

²² SVP, III, 375.

²³ SVP, III, 275.

²⁴ Mt. 16,24; Mc. 8, 34; Lc. 9,23.

²⁵ SVP, IX, 5-6.

“Hijas mías, sepan que, cuando ustedes dejen la oración y la santa Misa para servir a los pobres, ustedes no están perdiendo nada, porque ustedes se acercan a Dios sirviendo a los pobres; y deben ver a Dios en esas personas. Sean cuidadosas de sus necesidades y preocupense particularmente por la ayuda que les puedan prestar para su salvación, que no mueran sin los sacramentos. Ustedes no están solo para el cuerpo sino para ayudarles a salvarse. Sopórtenles los pequeños arranques de mal humor, estimúlenlos a sufrir por amor a Dios, nunca se enfaden con ellos, no les digan palabras rudas que bastante tienen con el sufrimiento causado por sus males. Piensen que ustedes son sus ángeles guardianes visibles, su padre y madre, y no les contradigan más que en lo que les es contrario;... lloren con ellos; Dios las ha constituido para ser su consuelo”.

Bibliografía

Par le Père Pierre Coste : *Saint Vincent de Paul, Correspondance, Entretiens, Documents*, abrégés en SVP et le chiffre, de SVP I à VIII et XV.

Correspondance, SVP I à VIII, et un supplément, SVP, XV.

Entretiens aux Filles de la Charité, SVP, IX et X.

Entretiens aux Missionnaires (Prêtres et Frères), SVP, XI et XII.

Documents, personnels - de la Congrégation de la Mission - des Filles de la Charité - et des Confréries de Charité, SVP, XIII.

Enfin un volume de Table, SVP, XIV.

Pierre COSTE, *Monsieur Vincent, le grand saint du grand siècle*, trois volumes.

Marie-Joëlle GUILLAUME, *Vincent de Paul un saint au grand siècle*, chez Perrin, 2015